

La inestabilidad comenzó al triunfar los conservadores a causa de la división de los liberales. Era el año 46. El gobierno era relativamente moderado como republicano, pero sufrió el golpe de la muerte de Gaitán y pierde la autoridad total. Entonces las turbas asaltan el Capitolio donde estaba instalada la conferencia panamericana y tratan de acercarse al palacio presidencial. Fueron dispersados con facilidad. Se constituyó un gobierno provisional en un cuartel de la policía que se tomó sin dificultades. A esto sucedieron varios días de tiros sueltos. La conferencia se abrió en el Gimnasio Moderno, que estaba al norte de la ciudad. Yo era profesor allí por las mañanas, y por las tardes ejercía de periodista. Las guerrillas se fueron transformando. Luego se encontró una solución muy inteligente: negociar en España. Esto se debió a que el jefe conservador, Laureano Gómez, que era un hombre bastante intransigente, había presidido en cierto modo las persecuciones contra los liberales y fue objeto de un levantamiento, lo que llamaron el cuartelazo del general Rojas Pinilla, y se exilió en España. Al cabo de unos años se desprestigió el general, y se reunieron aquí, Alberto Lleras y Laureano Gómez, primero en Sitges y luego en Benidorm. Yo me decía, ¿por qué no se enterarán en España y hacen lo mismo? Acordaron lo que ellos llaman, en dos palabras, paridad y alternación. La paridad consiste en que todos los organismos deliberantes o ejecutivos, estuvieran constituidos por liberales y conservadores. Y la alternancia en que a un presidente liberal lo sustituyera un presidente conservador, y viceversa. Esto fue aprobado por plebiscito nacional y duró dieciséis años. Disminuyeron las dificultades políticas pero las guerrillas se fueron transformando. Al principio fueron las guerrillas liberales que se convirtieron en guerrillas comunistas. A mi juicio, en parte por el triunfo de Fidel Castro. Cada uno se creyó un Fidel Castro en potencia. Luego se mezcló con el problema de los estupefacientes, que en sus comienzos era sólo la marihuana, que no tenía mayor importancia.

Los españoles vivimos todos estos años pendientes de lo que pasaba en España, con la esperanza, los primeros años, de que el triunfo de los aliados significara la caída de Franco. Yo no me hacía muchas ilusiones, pero tampoco dejaba de pensar que podía influir en algo. Se creó la Junta Española de Liberación en México y me nombraron delegado en Colombia. Hicimos lo que se podía: publicar notas, acudir a las radios y a los periódicos. Pero cuando vi que se limitaban (como toda sanción contra Franco) a retirar los embajadores pero dejando las delegaciones, vi que no había mayores posibilidades de confiar en esto, que fue la táctica de Prieto: no queriendo renovar la guerra civil en España, dejaba a la presión internacional que resolviera el problema. Pero la presión no fue suficiente, ni le interesaba tampoco a Inglaterra. Que a mi juicio era la que dirigía la política de EE.UU sobre Europa, a cambio de perder su imperio colonial a causa de las orientaciones de Roosevelt. Vivíamos, pues, pensando en las posibilidades de que España volviera a la democracia.

Los exiliados procuramos mantener una doble política: mantener los valores culturales españoles y defender las ideas republicanas y democráticas. Por eso organizamos el centenario de Quevedo (1945) y el centenario del nacimiento de Cervantes. Se hacían actos de tipo cultural y político. Aprovechamos la presencia de Luis Jiménez de Asúa para que diera algunas conferencias. En Colombia nos visitaron Martínez Ba-

rrios, como presidente de la república en el exilio, el general Miaja, y otros. Estuvo Gordón Ordaz, que era un hombre infatigable. Ordaz ha publicado unos volúmenes de memorias muy valiosos. De manera que procuramos siempre mantener las ideas, con respeto a la política interior del país, pero también muy respetados por la gente de Colombia. Pero no hay que olvidar que la Guerra Civil se vivió en todas partes. Allí los liberales eran prorrepúblicanos, y los conservadores eran profranquistas. Esto mismo pasó en México donde los reaccionarios apoyaban a Franco. Pero, en fin, en general nos trataban con una gran cortesía: se nos dieron puestos académicos sin pedirnos títulos; administrativos y de otro tipo. Francisco Carrera, que había sido gobernador civil de Madrid (de profesión farmacéutico), entró en el servicio de estupefacientes del Ministerio de Sanidad. Carlos Zozaya, hijo del escritor Antonio Zozaya, trabajó también en servicios técnicos. Luego se emancipó y creó un laboratorio propio; y posteriormente se marchó a Venezuela porque le hicieron proposiciones ventajosas. Hubo algunas corrientes hacia Venezuela que entonces estaba muy boyante. Un traductor de Luis Vives, catedrático de latín, cuyo nombre no recuerdo, se marchó a Venezuela. Este hombre publicó en la editorial *Séneca* de México, dirigida por el hijo de Bergamín (sí, para mí José Bergamín era el hijo de don Francisco Bergamín, porque yo alcancé a conocer a su padre), y publicó, como le decía, *Concordia y discordia del género humano*, de Vives. Muy bien editada, por cierto. Es curioso: habíamos preparado en España, antes de salir, la organización del centenario de Luis Vives para 1942. Porque nos parecía indudable que la guerra la teníamos que ganar nosotros. Porque era un deber ganarla ¿verdad? Se creó un comité, del que yo formaba parte, que tuvo una delegación en Francia, otra en Bélgica y otra en Inglaterra, lugares en los que había vivido Luis Vives. Y se le encargó esa edición que, finalmente, vio la luz en México, como tantas otras cosas.

En cuanto a publicaciones: en la Casa de España publicamos la revista *España* (1940-41-42), con un propósito de salida mensual, pero no salieron, bajo nuestra dirección, más que cuatro números, tres de 1940 y uno de 1941. Era como la revista *España* de la época de Azaña. Ésta fue su modelo lejano. Era una revista de unas veinte páginas en la que colaboró un magnífico dibujante, Ribero Gil (que procedía de *Libertad*). Él nos hizo preciosas carátulas. Recuerdo que la primera tenía por tema Madrid, la segunda Cataluña, y la tercera, coincidiendo con el centenario de Cervantes, fue un Quijote y Sancho. Después nos marchamos por discrepancias políticas. Y ya en esta etapa se hizo un solo número que lo dirigió un periodista catalán que había trabajado en el periódico del Partido Socialista Unificado de Cataluña: Gabriel Trillas. Este hombre hizo en Colombia una fortuna modesta y se dedicó al cultivo de jalea real. Trillas fue un caso de adaptación: primero trabajó como periodista, posteriormente fue redactor jefe de una revista ilustrada, y luego se emancipó con la elaboración de esta miel. Quizás una de las causas de que no se crearan más editoriales y publicaciones fue que algunos españoles, como es el caso de Zulueta, editaban en Losada de Buenos Aires. Zulueta publicó allí *Nueva edad heroica* que es continuación de otro libro suyo en el que recogía conferencias dadas en la Residencia de Estudiantes.

No tuve relación directa con España. Tuve relación con un gran compañero mío: José María Cordero Torres, que murió de presidente de sala del Tribunal Supremo,

no hace mucho. Él había fundado en el Ateneo español la Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales. Pero no escribí nunca a políticos españoles por temor a que hubiera represalias internas. Era peligroso. Con todo, visité España en 1966. En esa visita pude ver a algunos amigos. Estuve por primera vez con Tierno Galván y vi cuál era la realidad de la situación. Un amigo quiso darme una comida y no se lo permitieron porque no estaban permitidas comidas de más de un número pequeño de personas... Vi que no podía hacer mucho aquí. Estuve sólo unos días, de turista, lo cual me avergonzaba un poco. Entonces estaban preparando el referéndum del año 67 y tuve la oportunidad de soportar algunos discursos franquistas. Pero no tuve apenas incidentes.

En Barcelona hablé con Zubiri y le manifesté mi opinión: que era, en resumen, la necesidad de esperar la evolución propia del régimen, porque antes de que muriera Franco no se podía esperar ningún cambio. Las tentativas de conspiración no hubieran encontrado eco. La gente estaba muy abrumada por el recuerdo de la Guerra Civil. Y por eso fracasó la tentativa —aparentemente comunista— del año 45 de entrar por los Pirineos. El régimen se sostenía en el temor de los españoles. Un temor muy bien sostenido por el gobierno. La actual presidencia de la comunidad de Madrid, era la Dirección de Seguridad, con calabozos en el corazón de Madrid. Eso no lo hacía Franco porque sí, él era tan experto en el terror como instrumento. La única forma de contribuir al cambio tenía que ser prudente, y esperar a que Franco muriera. Y murió, como es sabido, con una cola impresionante para visitarlo. A mí me pidieron, en la televisión de Bogotá, que hablara de Franco. Toda persona que está ante la muerte o muerta, suscita el mayor de los respetos, pero en el mejor de los casos —dije— lo que hizo durante todos los años de la dictadura, no vale lo que costó. Tampoco puedo admitir sus métodos. En cuanto a lo que usted me pregunta de si un republicano podía imaginar entonces que a la dictadura sucedería una monarquía parlamentaria, tengo que decirle que yo no la descartaba. Los acuerdos de Prieto con Gil Robles, en teoría aceptaban la monarquía si el plebiscito de un gobierno independiente daba resultados monárquicos. Eso lo impidió Franco en la célebre conversación con Don Juan. Don Juan mandó a su hijo de rehén a España y con ese gesto perdió la corona. Franco era un especialista en principios elementales y tradicionales de la política. Por ejemplo: divide y vencerás; no dejes que nadie destaque, etcétera. De esta manera levantó una cantidad de candidatos a la corona impresionante. ¡Incluso salió un descendiente de Felipe VI! Que ahora resulta que es socialista.

Bien, la historia de mi exilio termina a primeros de septiembre de 1976. Me nombraron presidente del Partido Socialista Histórico y trato de conseguir la reunificación; no lo consigo y acabo en el partido general. En las segundas elecciones me nombraron candidato al Senado, y soy además, aparte de viejo ateneísta, presidente del Ateneo de Madrid. Quisiera concluir diciendo que en Colombia se ha hecho mucho por la lengua desde un punto de vista académico. Frente a las diferencias culturales y políticas está la unidad de la lengua de la que habló Bello. Somos una misma cultura por la lengua.

José Prat

(Declaraciones recogidas por Juan Malpartida)